**LA DETERMINACION**

Alicia apagó el sonido del teléfono. Las seis de la mañana. Otro día más. Suspiró. Se levantó despacio, el dolor no la dejaba moverse demasiado bien. Como un fantasma, haciendo el mínimo ruido se deslizó al cuarto de baño, la ducha reparadora siempre la aliviaba, dejó que el agua cada vez más caliente consolase su cuerpo. Se secó y aplicó Trombocid, allí donde los cardenales eran visibles. Acto seguido sacó su baúl de maquillaje. Los últimos años se había convertido en una auténtica experta.

Bajó a preparar el desayuno. Miró el reloj, todavía tenía una hora por delante para dejar todo listo, el desayuno de los niños, el café de Ernesto, sacar la ropa de la lavadora y tenderla, planchar la camisa que se pondría ese día su marido.

Ya era la hora, subió a avisar a los niños, siempre les costaba levantarse sobre todo a Hugo, era un remolón, se le abrazaba en la cama y no quería salir, Alicia le hacía cosquillas, le prometía que ese día metería más goles que nadie, era un niño encantador. Martita, ya mayor a sus ocho años era una mujercita responsable, se levantaba enseguida, se preparaba la cartera y bajaba para ayudar a su madre.

Era de lo que Alicia se sentía más orgullosa, sus hijos, sus dos ángeles, les veía crecer con orgullo. No serían como ella. Elegirían que estudios y que profesión les gustaba. En eso no iban a tener problema, su marido ganaba suficiente para mantener a todos para eso era directivo de una compañía importante del país en suministro de baterías.

Cuando bajó con los niños, se encontró a Ernesto sentado esperando, le miró con una mirada extraña, pensando en cómo había llegado hasta allí, sabía que ella hacía muchas cosas mal, ya se encargaba él de recordárselo, había tenido que ser una mujer más preparada, no tuvo suerte en su trabajo, se quedó en el puesto de administrativa de la compañía de seguros donde llevaba trabajando hacía veinte años. Podría haber ascendido, pero llegaron los niños, pidió reducción de jornada, faltaba cuando alguno se ponía malo. Eso limito su carrera.

Quiso estudiar, mejorar su preparación para optar a otro puesto, pero Ernesto le dejó claro cuáles eran sus obligaciones, primero él y luego sus hijos. No podía pretender tener tiempo para más.

A veces, cuando limpiaba el polvo en su casa y se encontraba con las fotos de la boda, su mirada se perdía en los recuerdos, que feliz se sentía, como la miraba Ernesto, con pasión; recordaba los planes que tenían, los viajes que harían, lo felices que iban a ser.

Entonces le venía a la mente la primera vez, recordaba su torpeza, estropeó la mejor camisa de Ernesto, se destiño cuando la metió con ropa de color y puso un programa en la lavadora con el agua demasiado caliente.

Cuando llegó él de trabajar la encontró llorando, con la camisa en las manos. Esperaba que Ernesto le dijese que no se preocupara, que la cogiese en sus brazos y tan cariñoso como siempre, le diera un beso. No fue así. Primero se quedó asombrado al verla en ese estado. Después agarró la camisa y la llevó a la basura, ella detrás de él le pedía perdón, se volvió y entonces…

Antes en alguna discusión la había empujado, recordaba un día, antes de pedirla matrimonio que quedaron para ir a cenar con unos amigos. Alicia se puso un vestido que se había comprado para la ocasión. Salió del portal donde vivía con sus padres esperando la mirada aprobadora de su novio y se encontró con Ernesto diciéndola que no pensaba ir con ella a ningún sitio hasta que no aprendiese a vestir correctamente.

Ella entendía la diferencia de sus clases sociales, él tan culto, de una familia tan bien situada, viviendo en el mejor barrio residencial de Albacete, tenía tanto que aprender de él, ella pertenecía a la típica clase obrera, su padre mecánico, su madre ama de casa, ella tuvo que ponerse a trabajar pronto para aportar dinero a la familia, tenía otros dos hermanos menores.

También recordaba el día que le dio una bofetada cuando la encontró del brazo de Miguel. Su amigo de toda la vida. Habían quedado en verse las dos parejas y al encontrarse después de tanto tiempo Alicia se colgó de su brazo y juntos empezaron a contarse anécdotas. Alicia sintió la mirada de Ernesto al cabo de un rato. Se dio cuenta de su incomodidad. Lo que no se esperaba es que cuando terminó la cena con los amigos, al meterse en el coche de vuelta a casa le propinase una bofetada.

* ¡No se te ocurra ponerme en vergüenza de nuevo en tu vida!
* Pero… cariño… yo… sabes que Miguel y yo somos amigos desde niños y…

La bofetada le impactó en la cara, dejándola sorda por unos momentos, el golpe inesperado la dejó noqueada, el dolor en el ojo, junto con el escozor en la piel no la dejaron pensar. Se limitó a romper a llorar, pidiéndole perdón.

Después ya no recordaba cuando fue la siguiente y la siguiente, cada vez peor, ella se acostumbró al dolor, a las excusas para no ir a trabajar, en dos años ya había utilizado que se había caído por la escalera tres veces, un accidente de coche otra, hasta un atropello el día que se fracturó un pie debido a la caída que tuvo después de que Ernesto la empujase en el patio por no haberse acordado de recoger su traje del tinte.

Alicia sabía que tenía la culpa, era olvidadiza, a veces sentía que no estaba a la altura, cosa que le recordaba continuamente Ernesto, no era lo suficientemente lista, atenta, no sabía cocinar bien, no tenía criterio para el arte, apenas leía, le reprochaba hasta que no supiese apreciar un buen vino.

Alicia se fue relegando a su papel de cuidadora de los hijos, de ama de casa siempre temiendo fallar, esperando el siguiente golpe. Su madre alguna vez le preguntaba si era feliz con su marido, por muchas excusas que diese los ojos de Alicia reflejaban su angustia, su miedo. Pero ella siempre decía que era una vida fabulosa. ¿Cuándo una chica como ella de barrio habría supuesto que se casaría con un alto directivo y que viviría en un chalet en la mejor zona de Albacete?

Además estaban sus hijos, a ellos no les podía fallar. Ella estaba allí para que fuesen felices, para que no les faltase de nada. No podían ser testigos de lo que pasaba. Martita alguna vez le preguntaba que porque lloraba tanto y siempre recibía la misma contestación, “Hija es que soy muy tonta y lloro por todo”.

Esa mañana, paso algo diferente. Los niños empezaron a desayunar y a Martita se le cayó el bol de cereales al suelo, Alicia se apresuró a recogerlo mientras Hugo se reía de su hermana y le decía:

 -Eres una inútil. Todo se te cae. Límpialo. – Mientras se lo decía le tiró una servilleta a la cara.

Alicia se volvió sorprendida. Encontró a Ernesto mirando a Hugo con una sonrisa torcida en la boca y a Martita con lágrimas en los ojos. Sin pensarlo reaccionó.

* ¡Hugo, ahora mismo vas a por la fregona y recoges lo del suelo! ¡No quiero volver a oírte hablar así a tu hermana!

Ernesto se levantó, una oleada de terror recorrió la columna de Alicia pero estaba decidida, a su hija no le iba a pasar lo mismo que a ella. Ernesto se la acercó y agarrándola del brazo tan fuerte que no pudo evitar emitir un pequeño chillido la arrastro al patio.

Allí se limitó a empujarla tirándola contra la valla. Luego le dio una patada y le dijo:

* Como vuelvas a humillar a mi hijo estas muerta.

Alicia desde el suelo vio a Martita mirar por la ventana que daba al patio, supo que no era la primera vez que lo veía. Supo que tenía que actuar.

Ese fue el primer día de la nueva vida de Alicia y sus hijos. Esperó a que se fuese Ernesto, con la excusa de un olvido, les dijo a los niños que la esperasen, ellos intranquilos veían que se les pasaba la hora de ir al colegio, cuando bajo su madre llevaba dos maletas grandes y una determinación en la mirada.